

ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO I BARCELONA 22 DE ENERO DE 1882 NUM. 4

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—LA MUJER ALTA (*conclusion*), por D. Pedro A. de Alarcon.—LA TIENDA DE JUGUETES, *cuento estrambótico*, por D. Carlos Coello.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La Exposición de la electricidad en Paris*, por D. José Echegaray.—OBJETOS ARTÍSTICOS.

GRABADOS.—EL FIN DE UN AMOR VENDIDO, por Bodenhausen.—EL JÓVEN POETA, por Baur.—DOLORIDA, por C. Dieterle.—EL DESCANSO, estatua en mármol por R. Belliazzi.—OBJETOS ARTÍSTICOS.—Centro de mesa, por los Sres. Hart (hijo) y Peard de Londres, y Jarron, por Alejandro Keller.—Lámina suelta: LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMÁN, por Grutzner.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Junto á las risas las lágrimas: así es la vida real, y así por lo mismo debe ser también la ficción escénica, fiel espejo de la vida. Un drama lleno de emociones y varias comedias exuberantes de regocijo registra la presente semana, sin contar algunas obras que pretendiendo hacer llorar han provocado no obstante estentóreas carcajadas.

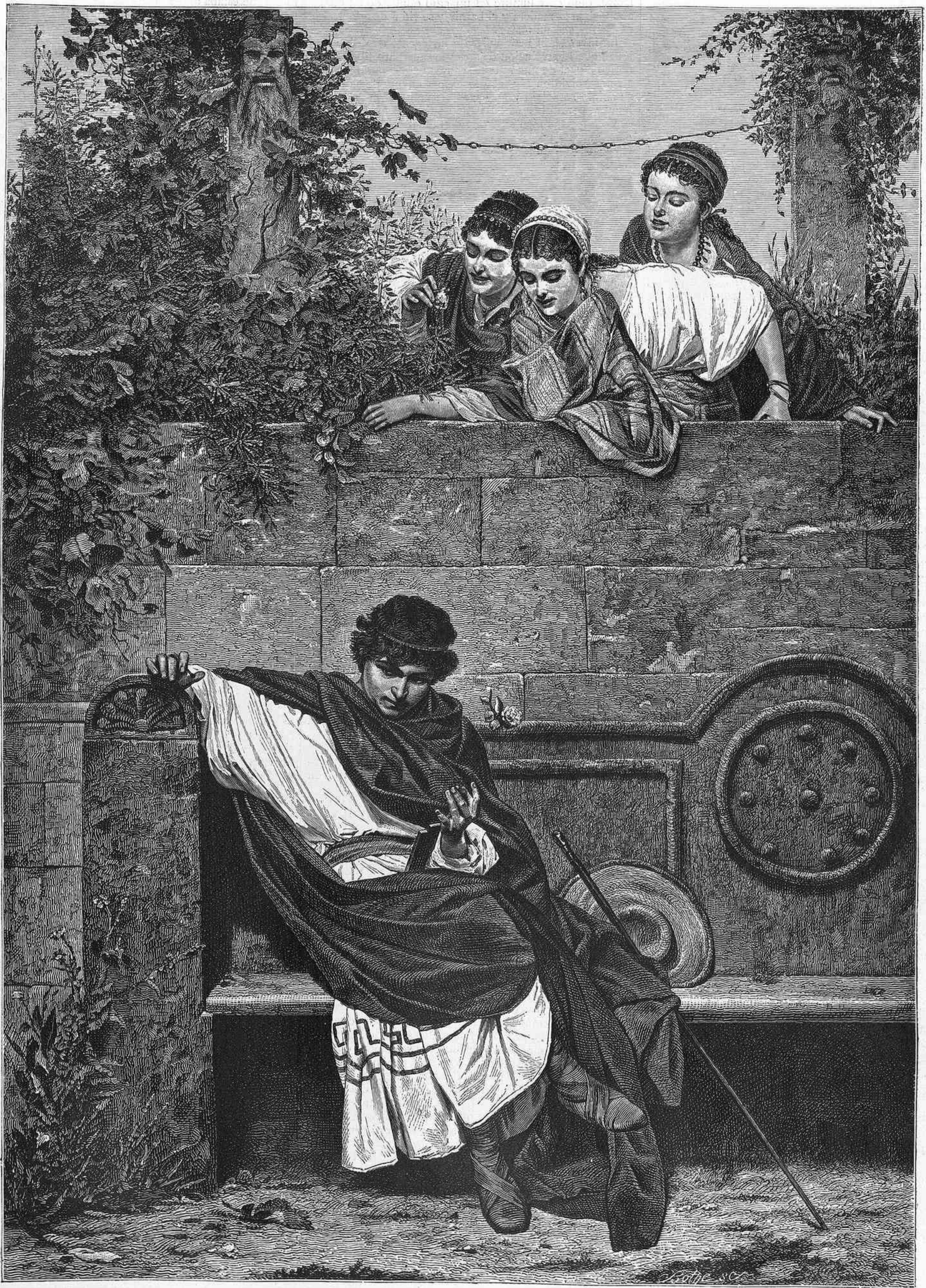
El drama á que en primer lugar me refiero no es otro que *Sergio Panine*, original de un autor muy mozo todavía y representado con éxito tan extraordinario en el

Teatro del Gimnasio de Paris, que la empresa á trueque de satisfacer en lo posible el furor del público, tiene que ceder todas las noches los sitios de la orquesta á los numerosos espectadores que acuden á la taquilla.

Jorje Ohuet, el afortunado autor de esta producción, había cultivado la escena con escasa fortuna, y dedicándose luego á la novela, mereció un premio de la Academia por la obra que lleva el mismo título que el drama, puesto que este no es más que una refundición de aquella. El autor siguió en este punto el consejo del empresario Konning, y hoy el éxito corona el acierto del empresario y el talento del poeta.



EL FIN DE UN AMOR VENDIDO, por Bodenhausen



UN JOVEN POETA; por Alberto Baur



LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMAN AL SONAR EL TOQUE DE LA ORACION

(CUADRO DE EDUARDO GRUTZNER)





DOLORIDA por C. Dieterle

—Una tan sólo,—respondí señalando la que pendía del centro del techo.

—Pues enciéndala Vd.—dijo el mendigo—y verá Vd. dos.

Obedecí temblando y ¡oh milagro indudable, patente! vi dos lámparas en efecto.

Una fe ciega penetró en mi espíritu disipando las vacilaciones anteriores.

—Llévense Vds. el caballo de tornillo (exclamé lleno de alegría): todo lo creo, todo lo juzgo posible despues de lo que he visto.—Y caí en una silla abrumado por tantas y tan distintas emociones.

Envueltos en la misma vaporosa nube de que he hablado á Vd. ántes, salian de la tienda el abuelo y el nieto. Este montado sobre el caballo de tornillo, que parecia tener alas en vez de ruedas segun lo pronto que desapareció de mi vista.

IV.

—Si no me da Vd. otro cigarro, aquí se acabó la presente historia,—me dijo Federico Sichel abandonando al fin su temeraria idea de fumarse el último resto de la colilla.

Le alargué nuevamente la petaca y prosiguió:

—Despedí al dependiente, muchacho de unos catorce años y que se mostraba algo asustado de lo ocurrido, y á pesar de ser apenas las ocho de la noche cerré mi tienda. La impaciencia me consumía y no sabía cómo entretener las horas que faltaban hasta las doce. Me subí al cuartito interior desde cuya ventana se dominaba perfectamente la tienda entera. Dejé las lámparas encendidas, y fumando y bebiendo cerveza el tiempo comenzó á pasarse sin sentir. Yo era gran bebedor, debo confesarlo, pero—aunque sostengan otra cosa mis detractores—podía serlo impunemente. Aquel licor celestial no llegó jamás á perturbar mis sentidos: lejos de eso, me aclaraba la vista y hasta me vigorizaba la inteligencia de un modo increíble.

Oí dar las nueve, las diez y las once en el reloj de la iglesia vecina, y presa de un extraño sopor, con la cabeza ardiente y pesada, y sintiéndome como clavado en mi asiento, empecé á contar las campanadas de las doce.

Sonó la última y me vi bañado por una vivísima claridad. Esta claridad se fué corriendo por todo el espacio que alcanzaban á distinguir mis ojos y al llegar á los cristales de la anaquelera los iluminó primero con brillantéz deslumbradora haciéndolos despues crujir y saltar en pedazos con áspero estrépito. Los objetos ordenadamente colocados en los estantes cayeron al suelo confundidos y revueltos; però pronto comenzaron á moverse y á distribuirse de nuevo prestando á mi tienda el aspecto de un mundo en miniatura. Las casitas de madera se agrupaban y alineaban formando calles; los árboles de verdes y rizadas hojas formaban á su vez bosques y paseos; aquí atravesaba un ferrocarril de hoja de lata por un puente de carton; más allá vaporcitos y buques de vela navegaban por rios y mares de líquido cristal. Los muñecos de todas clases y tamaños parecían despertar de un sueño. Los arlequines, los dominguillos, los D. Juan de las Viñas se desperezaban bostezando; las muñecas miraban con interesada curiosidad á sus compañeras del bello sexo y se componian el traje con sus manitas de cabritilla; los bebés lloraban desconsoladamente y las amas pasiegas ó vizcainas acudían á acallarlos, empleando para ello los procedimientos usuales; los soldados de pasta y de plomo se colocaban de guardia en sus garitas ó emprendían al mando de sus jefes toda clase de ejercicios y evoluciones; los prados de musgo artificial se veían llenos de vacas y de ovejas, y más de un raton de resorte escapaba á duras penas de un gatazo de china produciendo sus careras no pocos chillidos y desmayos entre el sexo muñequil femenino. Todo era allí animacion y vida, y yo no cabía en mí de gozo al ver realizado mi deseo.

La satisfaccion completa me duró poco, sin embargo. Los ex-muñecos tenían sus necesidades y sus pasiones, y yo no podía ménos de observar con cierta pena los resultados lógicos é inevitables de lo que estaba sucediendo. Los muñecos necesitaban comer para vivir y cada gallina de madera á que se retorcia el pescuezo, cada pato de porcelana que se convertia en *pastel de foie-gras* me costaba á mí una desazon horrible. Ni era esto sólo. La vida de los muñecos traía consigo la fatal precision de su muerte. Un pierrot y un granadero de la guardia imperial se enamoraron perdidamente de cierta pastora de los Alpes. La muñeca, como casi todas las de mi tienda, era frágil y se decidió por los dos, coqueteando con ambos, ni más ni ménos que una mujer de carne y hueso: hubo un desafío entre el militar y el paisano y el sable del granadero abrió un boquete en el vientre del pierrot, boquete por el cual se le fué al segundo hasta el último grano de salvado. Otra muñeca ambiciosa y amiga del lujo se perdió por una docena de lentejuelas con que se propuso seducirla, y lo consiguió, un pérfido velocipedista tirolés. Abandonada por su amante, la desdichada jóven se tiró á la calle desde el tejado de su casa y se hizo añicos. Muñeco habia que se jugaba los zapatitos á la ruleta; otros se echaban á robar á los caminos; otros se pasaban la vida en la taberna entregados al feo vicio de la bebida y dicho se está que ninguno acababa bien.

El rey de aquel nuevo país, que era un muñeco muy viejo y de muy buena pasta, no sabia qué hacer para meter en cintura á aquella genticilla. Cada vasallo suyo pensaba de una manera, y lo único en que casi todos estaban conformes era en el deseo de vivir sin trabajar, de divertirse á toda costa y de darse importancia sin reparar en

los medios ni en las consecuencias. Media docena de muñecos ambiciosos tenían al rey en jaque á cada paso, y apenas se pasaba día sin que los soldados de plomo y los de madera viniesen á las manos so pretexto de defender tales ó cuales principios, pero en realidad para halagar las pasiones de este ó del otro monigote. Lo que á mí me llamaba más la atención era la indiferencia que reinaba en una parte de la ciudad, mientras en los arrabales y en los campos todo era estrago y muerte y miseria más espantosa que la muerte misma. El zumbido del cañon, los ayes del moribundo, el estertor de la agonía de los que espiraban de hambre, no impedían jamás, ni amargaban siquiera, sino en contadísimos casos, la loca alegría de los séres felices. Yo que lo contemplaba todo desde cierta altura y todo lo abarcaba de una sola mirada, apreciando bien el menor contraste del extenso cuadro, pasaba fácilmente de la melancolía á la indignacion en vista de tanta desdicha enorme y hasta cierto punto voluntaria.

La situacion se hacia insostenible por momentos. Muñecos que se las echaban de hombres de importancia fueron poco á poco quitando á los habitantes de aquel país la fe que en otro tiempo bastaba, cuando no para otra cosa, para darles resignacion en sus desventuras y algun horror á los vicios que al presente los dominaban por completo; en pos de aquellos vinieron otros á difundir entre los muñecos mayores y menores la idea agradable y fecunda de que todos eran completamente iguales, y despiertas las ambiciones más insensatas, rotos los únicos frenos seguros, sucedió... ¿qué quiere Vd. que sucediera, amigo mio? Se urdió una conspiracion horrible, el rey fué derribado del trono, el ilustrado pueblo fué árbitro de sus destinos, y para celebrar dignamente el comienzo de su soberanía, pegó fuego á la ciudad por sus cuatro costados y todo quedó reducido á cenizas.

¿Comprende Vd. ahora la pérdida intencion del diabólico mendigo y la extension de mi desgracia? Yo deseaba que mis muñecos vivieran, però el mendigo fué más allá de mis deseos: me los convirtió en hombres, y con los hombres, créame Vd., no puede hacerse nada bueno.

A mí me sacaron de la tienda medio abrasado; conté á todo el mundo lo sucedido, y no sólo se negaron á darme crédito, sino que hubo quien me juzgó rematadamente loco. Mi mujer, que habia heredado á su tia, me metió en este santo hospital del Nuncio apenas me vió sin un cuarto; y aquí me tiene Vd. ocupando una plaza que muchos que andan sueltos por la villa y corte de Madrid podrian reclamar con mejor derecho.

Dicen que mi historia es inverosímil. ¡Como si lo que á mí me ha pasado no estuviera repitiéndose á cada momento! Pregúntele Vd. á Dios, que es persona fácil de encontrar puesto que está en todas partes, lo que le pasa todos los días con esa tienda de juguetes que se llama el mundo!»

V.

Confieso que la última reflexion del pobre Federico Sichel me hizo alguna fuerza y me decidí á escribir y publicar el anterior tejido de disparates.

CÁRLOS COELLO

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

La noticia de haberse firmado y ratificado el tratado de límites entre las Repúblicas argentina y chilena, ha producido buena impresion en ambos países, como la ha producido en el nuestro; donde deseamos ver extirpadas todas las causas de rencillas y querellas en aquellos países á los que profesamos una fraternal simpatía.

Los límites acordados por los representantes de ambas repúblicas son: de Norté á Sur, hasta el grado 52 de latitud, la cordillera de los Andes; la línea fronteriza correrá en esa extension por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden á uno y otro lado.

De la region que se extiende al Sur del paralelo 52, una parte queda para la República argentina, sin condiciones ni limitaciones de ninguna clase, y la otra para Chile. La República argentina prescinde de la parte que hoy tiene en el estrecho de Magallanes con las siguientes condiciones: será perpetuamente libre su navegacion para todas las banderas; será perfectamente neutralizado; Chile no podrá levantar fortificaciones en las costas del Estrecho ni obras de defensa que puedan contrariar este propósito.

La parte del Estrecho perteneciente á Chile queda sujeta á las mismas condiciones de libre navegacion y de perpetua neutralidad.

Los intereses generales del comercio universal quedan así garantizados, y el Estrecho entregado para siempre á las seguridades de la paz.

* *

LOS MANANTIALES DE CHIPRE.—Aunque llueve muy poco en la isla de Chipre (Asia), bien sea por efecto de un desmonte excesivo, ó ya por otras causas, en este país abunda mucho el agua, aunque subterránea: débese á una capa impermeable que retiene aquel líquido debajo de tierra á diversas profundidades.

Los rios de corriente constante son, sin embargo, muy raros allí; el mayor de todos los de la isla, si es que Chipre tiene verdaderos rios caudalosos, es el Pedias, que pasa por Nicosia ó Leukosia, capital: su lecho, en seco durante el verano, tiene allí una anchura de 110 metros.

En cuanto á los manantiales, los hay muy hermosos: los más grandes son los de Chytrea, célebre por sus aguas. Cuando desde la triste Nicosia, asentada en la Messaria, llanura desnuda y árida, se pasa al valle de Chytrea, creeriase uno transportado súbitamente á otro mundo, al centro de espléndidos jardines, donde las moreras, los albaricqueros y limoneros alternan con los naranjos y los grandes olivos.

Chytrea debe su origen á los atenienses. A la entrada del valle, que es muy profundo, se ven ya los manantiales, cuyo contenido recoge un acueducto muy bien construido; el agua que no penetra en él baja rápidamente al valle, y pone en movimiento treinta y dos molinos.

En otra época, este acueducto llegaba hasta Sálamis, recorriendo una distancia de cuarenta kilómetros, poco más ó ménos.

En la antigüedad circulaban muchas fábulas sobre estos manantiales, que se consideraban como sagrados, y aún hoy predominan singulares ideas acerca de su origen.

El sitio de donde brota el agua es evidentemente la salida de un gran depósito subterráneo lleno por las lluvias que penetran en el terreno de una vasta extension de montañas; però muchos habitantes suponen que las aguas llegan de Asia; que deben tener su nacimiento en las alturas de Caramania, desde donde, pasando como por un sifon á gran profundidad debajo del mar, acaban por presentarse en las rocas de Chytrea.

NOTICIAS VARIAS

LA FOTOGRAFÍA EN LOS TRIBUNALES.—La fotografia acaba de desempeñar un cometido importantísimo en un proceso que no ha dejado de llamar en alto grado la atención de los hombres científicos. Hé aquí un resumen de lo sucedido: un tal Ciltling de Nueva-York fué acusado de la falsificacion de ciertos documentos en una reclamacion relativa á seguros contra incendios. No aparecia prueba alguna para que se le condenara en definitiva; però uno de sus dependientes, á quien habia despedido, tuvo la ocurrencia de hacer fotografiar una hoja de papel que encontró sobre el pupitre del acusado.

Esta hoja de grandes dimensiones estaba cubierta de ciertos caracteres, ó por mejor decir, de huellas dejadas por estos, á consecuencia de haberse escrito cálculos y notas por medio de un lápiz en otro papel colocado encima de ella. La hoja que quedó sobre el pupitre, era blanca por completo y apenas dejaba adivinar á la mirada los trazos; echábase tan sólo de ver aquí y allá las huellas que estos habian impreso en la superficie. Las primeras tentativas ejecutadas por medio de la fotografia fueron infructuosas, però hicieron abrigar la esperanza de poder descifrar parte de lo escrito, si lograba conseguirse fijar la luz y las sombras. Para alcanzar tal resultado, se reprodujo la hoja sobre una placa preparada con gelatina bromurada, empleando la luz eléctrica. ¡La revelacion fué sorprendente! Todas las fraudulentas ideas que abrigaba el acusado, se pusieron de manifiesto de un modo milagroso. Se vieron, no ya sólo los cálculos efectuados, sino tambien las observaciones señaladas junto á ellos, lo que demostró perfectísimamente los propósitos y los fraudes de Ciltling, que fué en definitiva condenado á cinco años de trabajos forzados.

* *

KRUPP DE ESSEN.—La fundicion de acero en Essen existe desde 1810. Desde 1826 ha sido dirigida por su actual dueño M. Alfred Krupp, y desde 1848 por su propia cuenta. El número de operarios asciende á 15,000 ocupados en los talleres y 5,000 en las minas, propiedad de la casa. En esta fundicion hay 1,648 fraguas, 77 martillos de vapor, pesando el mayor 50 toneladas, 18 trenes de rodillos y 1,063 instrumentos de maquinaria. Una de las máquinas de vapor de las 45 que hay en Essen es de 1,000 caballos de fuerza. Cuando se emplean todos los medios existentes, la fundicion puede producir en 24 horas 2,700 rieles, que formarían 11 millas de vía férrea, 350 llantas, 150 ejes de carro y locomotora, 180 ruedas de carro, 1,000 muelles de ferrocarril, 1,500 granadas, etc. En un mes pueden hacerse allí 304 cañones de campaña y cañones de grueso calibre. Las minas anexas á las fundiciones comprenden cuatro minas de carbon y 562 de hierro.

CRONICA CIENTIFICA

LA EXPOSICION DE LA ELECTRICIDAD EN PARIS

I

Los Campos Elíseos de Paris, de ese Paris centro de todos los placeres, sumidero de todos los vicios, templo de todas las grandezas, que nuestra moderna civilizacion engendra; los Campos Elíseos, repetimos, donde se dan *rendez-vous* todas las tentaciones, para asaltar al cándido provinciano, ó al curioso extranjero, bajo forma de un teatro, de un baile, de un restaurant, ó de una dudosa ninfa, á cada revuelta de sus pintorescas calles, en cada seno de sus pequeños y elegantes bosques, ó en el contorno de sus cien canastillos de flores; los Campos Elíseos, por cuya gran avenida central pasan hacia el célebre bosque de Boulogne los siete pecados capitales, desde la vanidad y la soberbia, que por extraño capricho van encaramadas en los pescantes de lujosísimos coches, hasta la pereza que se desliza rápidamente,

tendida en el fondo de cómodo carruaje, sobre más resortes montado, que tren directo al infierno; esos tradicionales, impuros y alegres Campos Elíseos, en fin, han merecido esta vez el perdón de muchos pecados, el olvido de muchas liviandades, y plenaria indulgencia para buen golpe de culpas futuras, aposentando en el Palacio de la Industria al genio de la invención y del trabajo.

Todo es luz en el espléndido edificio; luz que rebosa por sus cien ventanas y finge en las sombras un palacio encantado, superior á cuanto la imaginación pudo crear, en aquellos orientales cuentos de las mil y una noches, tan poblados de hadas y genios, enanos y gigantes, asombros y maravillas. Pero esa luz es fruto lento y penoso de centenares de siglos, de multitud de generaciones, de muchas luchas, de muchos dolores y de muchas lágrimas; porque es hija del trabajo humano, que con lágrimas, y con sangre, y con desesperación á veces, amasa sombras y tinieblas para que de ellas broten torrentes de claridad y de alegría á beneficio de las futuras generaciones.

Bien puede decirse, que la luz eléctrica de los Campos Elíseos es el resultado de apretar, si la palabra vale, el hombre pensador y el humilde obrero, durante siglos, en la bóveda de su cráneo, aquel, y este entre sus nerviosas manos, más negras y más imposibles, que hay en el fondo de los mares y en los abismos del espacio. Y no son estas, en verdad, frases más ó menos poéticas, sino tangibles realidades; porque del negro carbon de piedra se saca todo un iris de vivísimos matices, y de su fuerza, torrentes de electricidad y surtidores inmensos de luz, que con los del sol rivalizan.

Pero vengamos ya al gran acontecimiento de estos últimos meses; acontecimiento cuyos mil pormenores han referido libros, revistas y folletos; cuyas maravillas más se sienten que se describen; y cuya fama vuela por uno y otro mundo en alas de esa otra electricidad de la idea, que lleva por nombre la prensa periódica.

Primero la impresión, después vendrá el estudio.

Lleguemos, ya entrada la noche, y en compañía de nuestro benévolo lector, á la plaza de la Concordia: detrás quedan las ruinas de las Tullerías, en que está escrito un crimen gigantesco del pueblo de París; delante se alza el arco de la Estrella, en que están escritas muchas glorias de la Francia; entre las negruzcas ruinas y la mole triunfal, se levanta el Palacio de la Industria, monumento en honor del genio, del trabajo, y que más que á París, pertenece al mundo, aunque deba noble hospitalidad á la gran nación francesa.

Y allí, en la gran plaza, veremos bajo un pequeño tinglado el coche tranvía de Siemens tomando viajeros: cómodo y elegante carruaje, que luégo rápidamente, sin caballos que tiren de él, ni locomotora, ni máquina visible; sin ruido, humo, ni calor, conducirá al palacio de la electricidad, — como aquellos extraños monstruos de los cuentos fantásticos conducían caballeros y princesas á encantados palacios, — á cuantos quieran probar la locomoción eléctrica, y buscar entrada digna y adecuada, en la nueva mansión de las maravillas etéreas; que á pié y por un torniquete giratorio es entrada prosaica, y mejor parece dejarse llevar por la fuerza impulsiva de ese sutilísimo fluido que se llama éter, que nadie ha visto, y que es el genio misterioso de todos estos modernos prodigios, para ir á visitarlos en su centro.

La primera impresión es la del asombro, la del estupor casi pudiéramos decir: tanta luz deslumbra, tal multitud de objetos confunde, aturde el ruido de las máquinas, y se siente el observador envuelto por efluvios eléctricos. Para dominar el conjunto es necesario ir al fondo de la nave, subir la gran escalera interior, llegar á una de las galerías altas, y desde allí tender la vista sobre el extraño espectáculo que ofrecen las mil y mil invenciones esparcidas por su extensísima área.

Aquella atmósfera luminosa, que por todas partes se extiende, y que con plateados reflejos sube hasta la cristalina bóveda; aquellas infinitas luces eléctricas, que parecen estrellas y luceros desprendidos del alto cielo, y que después de caídos en nuestras bajas tierras, continúan ardiendo; aquellas múltiples instalaciones, con sus variadas y pintorescas formas, de castillos, plataformas, arcos, lagos, túneles, cerrados gabinetes, blasonadas mesas y acordados recintos; aquellas banderas suspendidas, con sus cien colores y sus cien escudos llenos de águilas, leopardos, grifos y toda clase de monstruos, y todo linaje de complicaciones heráldicas, unas frente á otras, como tantas y tantas veces estuvieron en los campos de batalla, pero no envueltas en humo, ni empapadas en sangre, ni por enemigos hierros desgarradas, sino alumbradas todas ellas por los brillantes reflejos de una sola luz, conjunto de todas las luces, como en la idea universal, y en el universal amor, se confunden todas las ideas, y todos los amores individuales; aquellos infinitos objetos, misteriosos pigmeos de la física, con sus palancas, sus ruedas, sus resortes, sus cuadrantes, sus cristales y sus cables, cubriendo todas las mesas y todos los muros, y como imitando danza fantástica en sus inquietas vibraciones; aquellos monstruos de vapor ó de gas, de fuerza de 40, de 50, de 70 caballos, rechinando en toda la galería baja del palacio que corresponde al Sena, como si estuviesen así ordenados para bajar más fácilmente al caudaloso río á refrescar sus abrasadas fauces; aquellos centenares de máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas girando con espantosa velocidad de mil y más vueltas por minuto en la atmósfera magnética de los imanes, y engendrando corrientes eléctricas, que luégo, conductores, alambres y cables llevan en complicadísima red, por todo el Palacio de la Industria, como sistema nervioso de aquel colosal monstruo de pie-

dra, hierro y cristalería; aquellos gabinetes en que la electricidad obliga y precisa á las fuerzas vegetales á trabajar en la creación prodigiosa de las celdillas orgánicas; aquellas fugaces y chispeantes líneas en los flecos y cepillos metálicos de los colectores, espuma luminosa de un invisible río de éter; aquel faro en el centro, coloso de luz encadenado, al que, de igual suerte que á los monstruos del mar, cuando se les aprisiona, se les hace un pequeño estanque, para que en lo posible no echen de menos su elemento, se le ha hecho también su lago en miniatura todo alrededor, para que en él se mire, aunque el gigante lo desdena, y por la bóveda cristalina del edificio pasea lentamente sus eclipses y sus destellos, ó buscando las mayores alturas, ó buscando salida para dilatar sus rayos por los horizontes del mar; y cuando todo parece agotado en la planta baja, aquella serie de salones, salas, gabinetes y teatros del primer piso, en que rivalizan todos los sistemas del alumbrado eléctrico; la galería de cuadros, iluminada por la lámpara Soleil; el teatro con sus decoraciones de M.M. Rubé y Chapron, y con lámparas del sistema Werdermann; el salón del presidente de la República luciendo el sistema Reynier; apetitosas cocinas con sus brillantes é inmaculadas espeteras, sus hornos y sus hornillas, y sus muros de porcelana, todo ello reluciendo con mecheros eléctricos de la célebre sociedad Force et Lumière; el elegante comedor con su chimenea del género Palissy, su espléndido mueblaje, y su mesa servida para imaginarios convidados, con lámparas Werdermann que mandan dulce y pura luz sobre riquísimo servicio, despertando apetitos imposibles en el curioso público, que se apiña tras el acordonado del recinto; y la sucesión no interrumpida de salones en que luchan con luminosos dardos todos los sistemas conocidos, de Jablönckoff, Brush, Jamin, Jaspar, Meritens, Siemens, la Sociedad española de electricidad, y los inventores de las lámparas de incandescencia, Maxim, Swan, y Edison; y al querer cruzar de unas salas á otras, todavía aquella interminable y monstruosa serpiente humana de infinitos repliegues, llenando salones y galerías, con la cola perdida en la muchedumbre, mar inmenso de miles y miles de séses, la voraz cabeza contra las puertas de los gabinetes telefónicos, y el cuerpo contenido en sus palpitaciones y amenazas por inflexibles ligaduras, que en nombre de la buena policía mantienen numerosos sergents de ville, ó agentes de orden público, como diríamos por acá; y al fin de la exposición, otra exposición que comienza en las salas 24 y 25, á saber, la del célebre inventor americano T. A. Edison, con serie interminable de ingeniosísimos aparatos, telégrafos duplex y cuádruplex, teléfonos, fonógrafos, plumas eléctricas, contadores de toda clase, reguladores, fotómetros, motores, y sobre todo sus admirables lámparas de incandescencia y su sistema de distribución eléctrica; y cuando todo parece concluido, y los ojos deslumbra, y más deslumbra la imaginación, y los nervios hechos conductores de corrientes inducidas, se baja por la escalera principal, sin hacer caso de las colosales estatuas, ni de los bronceados de Christoffe, la primera rúbrica en materia galvanoplaústica, porque ha cubierto ya de oro, plata, cobre, níquel y bronce hectáreas enteras; y al fin, cuando después de mucho buscarla, se encuentra la salida, y en los jardines de los Campos-Elíseos se penetra, y de su frescura, sus sombras, y su calma se goza; cuando parece, volvemos á repetir, que la exposición terminó, aquel intensísimo foco eléctrico, que en la cúspide del edificio brilla, y que tiende como espada vencedora de luz un rayo rectilíneo de algunos kilómetros sobre los míseros faroles de gas de los campos, que imitan, según huyen dispersos en todas direcciones, un verdadero ejército en derrota; todo esto, luces, instalaciones, banderolas, máquinas, aparatos, alambres, faros, salones, gabinetes, galerías, y la muchedumbre, y el ruido, y la influencia eléctrica, forman como una especie de visión apocalíptica de esta nueva religión del trabajo, visión que no se borrará nunca del cerebro en donde una vez penetró, y que siempre se presentará envuelta en una aureola de luz á la memoria, y como eterno foco de verdad y de armonía al pensamiento.

Hasta aquí la impresión que el palacio de los Campos Elíseos produce: pasemos ya al estudio reflexivo de sus invenciones y adelantos.

Pero entre la sensibilidad y el pensamiento está, por decirlo así, la memoria; y si el estudio de lo que fué es provechoso, aún en los anales de los pueblos, á pesar de tantos crímenes, tanta sangría, y tantas catástrofes como registran; tan provechosa por lo menos ha de ser la historia de esta ciencia de la electricidad, inmenso reguero de luz, que brota de entre sombras en los orígenes de la civilización, que es hilo sutilísimo durante siglos, que al acercarse al nuestro es ya río potente, y hoy mar profundo en que vienen á buscar alimento todas las ramas de la física.

En los tiempos de Grecia y Roma la electricidad era conocida únicamente por dos de sus manifestaciones, ó en todo caso, y aplicando el criterio de la ciencia moderna, por tres órdenes de fenómenos: el rayo allá en los cielos; el sucino ó ámbar amarillo, *electron* de los griegos y *electrum* de los romanos, especie de resina fósil, que, después de frotada, adquiere la singularísima propiedad de atraer los cuerpos ligeros y móviles; y la piedra imán, nuevo caso de atracción, que presentaba ciertas semejanzas con el fenómeno precedente. Pero, prescindamos de esta última, que hasta nuestros días ha sido cosa distinta de ambas electricidades, la estática y la dinámica, y atengámonos á las dos primeras clases de hechos. Y ¡qué hechos tan distintos al parecer! ¡qué abismos entre la terrible línea sinuosa del rayo, el fragor del trueno, la luz deslumbradora del relámpago que enciende los espacios,

y un cuerpecillo insignificante, bueno cuando más como juguete de niño, ó como adorno mujeril! Allá en el fondo del gineceo una belleza helénica, rodeada de jóvenes esclavas, se entretiene en frotar las cuentas de su múltiple collar, cuentas de ámbar amarillo que mercaderes fenicios le trajeron de las costas del Báltico. Y después, cogen entre todas alguna blanca paloma de las que vienen á beber en la fresca linfa de las fuentes de mármol que adornan sus jardines, y con los electrificados granillos atraen las recortaduras de las puntas del ala, del ave predilecta de Vénus.

Esto en la baja tierra y en los inocentes juegos de un *boudoir* clásico; y fuera, y léjos, y en lo alto, nubes tempestuosas que el aquilón arrastra, masas oscuras que entre sí chocan en los aires, como monstruos de las tinieblas empeñados en fantástica batalla, la chispa eléctrica que en rápida serie de gigantescos ángulos busca su equilibrio, y un estampido que las montañas con sus ásperas gargantas repiten una y otra vez, hasta que se debilitan y se pierden sus ecos.

¡Quién podía alcanzar, por aquellos tiempos, poder sintético suficiente para unir en un solo fenómeno, fenómenos al parecer tan opuestos! ¡qué podía adivinar, que las atracciones de aquel *electron*, el rayo de Jove, y la piedra de Lidia, eran una misma cosa, y que al cabo de algunos siglos, el ámbar y el rayo y la piedra imán formarían trípode misterioso, más sublime y más misterioso que el de todas las sibilas, trípode en que se asentarian los cimientos de un palacio todo luz, y fuerza y prodigios!

En un principio el espíritu religioso de los griegos explicó el origen del ámbar por los expedidos y pintorescos recursos de su poética mitología.

Es el caso, que el Sol tuvo un hijo, aquel travieso y mal aconsejado Faeton, que se hizo célebre por su descomunal caída, por su insigne torpeza, y por haber dado nombre á un género especialísimo de vehículos: que la moda utilizaba de cuando en cuando, y tuvo el padre del día otras tres hijas, las poéticas y sensibles *heliadas*, que al saber la desgracia de su buen hermano, pusieron á llorar, y con llanto tan inagotable, que cuatro meses enteros lágrima á lágrima gotearon todas las de sus ojos, hasta que, enternecido el corazón de los inmortales, pusieron término á su dolor, convirtiendo en olmos á las tiernas doncellas y en granos de ámbar á las lágrimas purísimas por tristezas fraternales vertidas.

Pero los filósofos han sido en todos los tiempos descontentadizos en materia de explicaciones maravillosas; siempre han estado, aún los más juiciosos é inofensivos, tocados de impiedad; y la explicación que precede, no satisfacía por lo visto el espíritu investigador de Thales, Demócrito, Platon, Plinio, Plutarco y algunos más; de suerte que unos y otros diéronse á buscar razones y teorías más al natural, aunque menos pintorescas, y según costumbre acumuláronse hipótesis sobre hipótesis sin ningún resultado positivo.

Hasta aquí los fenómenos eléctricos redúcense, según vemos, á uno solo: las atracciones del ámbar; y es preciso saltar por una larga serie de siglos, para venir á nuevos descubrimientos. Al fin del xv, Guillermo Gilbert célebre físico, publica en Londres su gran obra: «*De magnetibus corporibus*», y amplía el fenómeno del ámbar á un gran número de sustancias, dividiéndolas en dos series ó grupos, ó por mejor decir, en tres grupos distintos: uno que tiene por base ó rúbrica el vidrio, el cristal, y las piedras preciosas artificiales; otro que comprende el ámbar, las resinas, la goma laca, y el azufre, como tipos característicos; otro tercero como las perlas, el coral, las maderas, los metales, que no adquieren por el rozamiento ninguna propiedad eléctrica.

De aquí la división de la electricidad en *vítrea* y *resinosa*, y la división de todas las sustancias en *eléctricas* ó no *eléctricas*: divisiones hoy inútiles, ya gastadas, y en el fondo viciosas, pero de gran importancia por entónces, y que marcan el primer momento científico en los fenómenos de la electricidad.

Los hechos físicos empiezan por ser anónimos, como el caos: luégo se particularizan y llevan nombre, el de algún sabio, el de algún genio, por lo menos el de algún paciente y profundo observador. Durante siglos, ya lo hemos visto, la electricidad es la atracción del ámbar amarillo, el resplandor del relámpago, la potencia del imán: Gilberto es el que con su clasificación y sus observaciones da á la ciencia de la electricidad un primer nombre ilustre: después viene Otto de Guericke, que inventa la primera máquina eléctrica: un globo de azufre, giratorio alrededor de un eje y frotado por la mano del experimentador ¡qué aparato tan sencillo! y sin embargo ¡qué germen tan fecundo!

Otto de Guericke fué el primer hombre que oyó el ruido, y vió la luz de la electricidad producida por el frotamiento: ruido tan débil, que en el mayor silencio, aplicando el oído, apenas se percibe: luz tan tenue, que en la oscuridad, y mirando muy de cerca, apenas se nota: fenómeno tan menudo, si así puede decirse, que casi confunde su realidad con la ilusión. Pequeño, mínimo, inapreciable como todo germen; como todo germen potente y misterioso; primer paso, si la imágen es permitida, de la nada al sér.

Y sin embargo, esa chispa eléctrica de Otto de Guericke, que casi no es, que ni se oye, ni se ve casi, es más, vale más, contiene más grandezas, que todas las nubes tempestuosas del espacio en las líneas crujiendo de sus eléctricos bordes. La electricidad atmosférica es aparatosa, pero es hoy lo que siempre fué; menos que en los primeros periodos geológicos: la centella de Jove no ha

progresado desde sus buenos tiempos; sus ímpetus han decaído; y como caballo que se domestica, bien puede decirse que dejó de ser el monstruo terrible que era, desde que Franklin puso bocado de hierro con las barras de sus para-rayos, á sus desordenados ímpetus.

En cambio, la chispa eléctrica de aquel globo de azufre de Otto de Guericke, que nadie más que el buen deseo de su creador podía ver y lograba oír, ha crecido, y es rayo en las grandes baterías, corriente en el telégrafo, buzo prodigioso en el cable trasatlántico, fuego en el cri-

sol de Siemens, voz humana en el teléfono de Bell, luz en el arco voltaico y en la línea de incandescencia de Edison, fuerza en la máquina de Gramme, acción química en la cubeta galvanoplástica, incansable vigilante en los fuegos y en las inundaciones, mano invisible que co-



EL DESCANSO, estatua en mármol por R. Belliazzi

se, teje y borda, fisiólogo prodigioso que penetra, profundidades adentro, en los misterios de la sensibilidad y de la vida; en suma sér prodigioso y benéfico, trabajador incansable, obrero de la civilización.

Véase á la electricidad que el hombre ha creado, esforzándose por la gran obra del progreso; y véase al rayo en las nubes, con todas sus grandezas y resplandores, convertido en eterno haragan de los espacios.

Goce hoy de su holganza, que quién sabe si algun día le harán trabajar, poco ó mucho, lo que pueda, las novísimas pilas secundarias, que con malicia llegan, y mucho han de dar de sí.

La obra del progreso humano, bajo el punto de vista material, puede condensarse en esta fórmula: hacer trabajar en provecho del hombre todas las potencias naturales que hoy se pierden estérilmente: la fuerza solar, las

mareas, las olas, toda clase de combustibles, los vientos, los imanes, las corrientes telúricas, la electricidad atmosférica, todo desnivel de temperaturas, todo desnivel eléctrico, como todo desnivel hidráulico: aprovechar en suma la energía en potencia de todos los elementos materiales. Sobre todo esto ya insistiremos en otros artículos.

JOSÉ ECHEGARAY.

OBJETOS ARTÍSTICOS.—Los que ofrecemos hoy, reproducidos por el grabado, á nuestros lectores, aunque de índole bien distinta, merecen figurar entre los notables que ha producido en nuestros días el arte decorativo.

Representa el primero un centro de mesa de estilo gótico francés, y llama desde luego la atención por su forma original y severa. Este soberbio centro, obra de los Sres. Hart hijo y Peard de Londres, está compuesto de más de dos mil piezas separadas, de metal, las más de ellas soldadas entre sí, doradas al galvanismo, y de una labor delicada y primorosa, enriquecida por incrustaciones de marfil y magníficos esmaltes.

En los notables motivos de ornamentación se admira un exquisito gusto, así en los cuadros oxidados con relieves, como en los diversos cuerpos que destacan en la base.

El jarrón que á su lado figura es asimismo muy notable.

Recuerda obras de parecida índole que figuran en las famosas colecciones de Roma y de Nápoles, y su decoración es en extremo graciosa y elegante: rodean su cuerpo una serie de



CENTRO DE MESA, obra de los Sres. Hart (hijo), y Peard de Londres



JARRÓN, debido al notable artista Alejandro Keller, de Roma

cupidillos que danzan y juguetean al són del rústico instrumento que en sus manos tiene uno de los amercillos apoyados en las asas: el que se ostenta en el remate empuña la copa simbolizando la alegría báquica.

Débase esta obra al Sr. Alejandro Keller de Roma, y bien se echan de ver en ella los conocimientos de las obras antiguas que posee el autor. En este género, en el que no siempre acierta á emanciparse el artista de los modelos, Italia ha producido obras verdaderamente dignas de llamar la atención; y ya que no permita el desarrollo de poderosas facultades más propias para lucir en superiores dominios, da sin embargo á conocer que la fuerza de la inventiva, la poderosa y lozana imaginación artística de ese pueblo es inagotable.

El arte greco-romano que ha producido, animado por el aliento del Renacimiento, obras tan apropiadas á su índole fastuosa y elegante, puede decirse que brilla en toda su pureza en alguna de ellas; á cuya simple vista se evoca el recuerdo de dos civilizaciones, de dos estilos que amalgama el gusto moderno.